



## CANTO DÉCIMOCUARTO.

**ARGUMENTO.** — Aparécese Jesus á las santas mugeres y á Simon Pedro. — Refieren estos la aparicion del Señor á los fieles reunidos. — Dudas de Tomás. — Aparécese Jesus á Mateo y á Cleofás. — Habiendo ido Tomás á orar en los sepulcros, encuentra en ellos á uno de los resucitados con quien conversa, imaginando que es algun extranjero. — Mateo y Cleofás, de regreso á la morada de Juan, refieren á sus amigos lo que han visto. — Duda Tadeo de la resurreccion de su maestro. — Aparécese Jesus á los fieles reunidos.

\*\*\*\*\*

Reunidos continuan los fieles en el modesto albergue de Juan, sin que nada acierte á mitigar su dolor. Disponiéndose las santas mugeres á pasar al sepulcro del Mesías y derramar en él sus perfumes,

mezclan sus lágrimas con las preciosas esencias que con tierna solicitud preparan. Semejantes á las prudentes vírgenes, que saliendo á recibir al esposo, y á la esposa cuidaron de proveerse de aceite para sus lámparas á fin de estar prontas cuando el esposo llegara <sup>1</sup>, velan las piadosas amigas del Mediador con preocupacion atenta é inquieta. No permitiéndoles su impaciencia esperar las primeras luces del alba matutina, dispónense á salir siendo aun de noche; y la Madre de Jesus, demasiado debil para acompañarlas, las bendice sollozando amargamente.

Sentado está Gabriel sobre la roca donde descansaron los mortales restos del Hombre-Dios, y en pie y á su inmediacion se encuentran el divino

<sup>1</sup> Alusion al siguiente pasage del cap. 25 del Evangelio segun San Mateo : « Entonces era semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. — Mas las cinco de ellas eran fatuas y cinco prudentes; — y las cinco fatuas habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite; — mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. — Cuando á la media noche se oyó gritar : mirad que viene el esposo, salid á recibirle. — Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron á sus lámparas; — y dijeron las fatuas á las prudentes : dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. — Respondieron las prudentes diciendo : Porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id antes á los que lo venden y comprad para vosotras. — Y mientras que ellas fueron á comprarlo, vino el esposo : y las que estaban apercebidas entraron con él á las bodas, y fué cerrada la puerta. » Vers. del 4 al 10.

Elohá y el noble Abdiel. A pesar de la oscuridad que aun reina en el mundo, distinguen los ojos de los inmortales á los amigos del Mesías que acaban de llegar al pie del Gólgota, y dice Gabriel á los dos seráfines :

« Velemos nuestro resplandor y revistámonos de humanas formas, para que gradualmente se vayan habituando á las celestiales apariciones. »

Primero que todas las demas llegó á la tumba Magdalena, creyendo sí hallarla cerrada con una enorme roca, mas tambien en medio de su exaltacion, que Dios la daria fuerzas para levantarla. Vió que el sepulcro estaba abierto y huyó asombrada; sin embargo las demas continuaron su camino, porque en él hallaron á un mancebo brillante y hermoso, como un destello de la mañana, á quien cubria graciosa, larga, diáfana y blanca vestidura. Este acabó de inspirarles confianza dirigiéndoles la palabra con voz dulce y sonora en esta forma :

« ¡Nada temais : ya sé que buscais á Jesus á quien no hallareis en ese lúgubre parage porque ha resucitado! Acordaos de que ya os lo habia predicho él mismo; y ahora venid á visitar la bóveda donde durmió el sueño de la muerte. »

Diciendo así, las condujo á la entrada del sepulcro y prosiguió en voz solemne :

« Id ahora y decidle á Cefas <sup>1</sup> lo que habeis visto y oído. »

Súbito aparecióse Abdiel y el divino Elohá mas resplandecientes que Gabriel, repitiendo á las santas mugeres que Jesus ha resucitado y que va á aparecerse de nuevo en Galilea, region donde con tanta frecuencia les habló de su próxima muerte y de su resurreccion despues de tres dias de descanso en la tumba.

Juan y Simon Pedro, que impulsados por el irresistible deseo de tributar á su amado maestro un postrero homenaje se habian apartado de la reunion de los fieles, encontraron, poco antes de llegar al Gólgota, á Magdalena, quien despues de referirles como habia hallado vacío el sepulcro, volvió á seguir con ellos el camino de aquel monte que en dos distintas sendas se divide al pie de una verde colina.

Penetradas las santas mugeres de celeste alegría por el aspecto de los ángeles, y ansiosas de comunicarla á sus amigas, tomaron, para regresar á la morada de Juan, la senda que por la derecha de la colina pasaba; y entre tanto Magdalena y los dos apóstoles iban al Gólgota por la parte opuesta.

<sup>1</sup> Cefas es palabra hebrea que significa *pedra*. Al recibir á Simon entre sus discipulos le dijo Cristo: Tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro. (S. Juan, cap. I.) — T. F.

Así acontece á los peregrinos que á Salem <sup>1</sup> se dirigen, cuyas almas muchas veces son tales, que á simpatizar unas con otras en este valle de lágrimas están dispuestas, y que sin embargo cursan cada uno solitariamente sus áridas sendas, sin encontrarse hasta que llegan á la ciudad santa, asombrándose allí de no haberse podido reunir antes.

Llegó Juan el primero cerca de la tumba, y á vista del sudario tendido en la tierra llenóse de dolor y respeto. Oprimido el pecho, trémulas las rodillas, reunióse Pedro á su compañero bajo la bóveda sepulcral, y quedóse enagenado contemplando el perfumado lienzo en que el cuerpo de Jesus estuvo envuelto. Poco mas allá vieron el sudario que cubrió la cabeza del divino muerto, y que al parecer, una mano habil parecia haber doblado con singular esmero. Convenciéronse entonces los dos apóstoles de la verdad de cuanto Magdalena les habia dicho: pero como nunca habian leído las profecías, que muchos siglos antes de nacer el Salvador, predijeron su resurreccion, apartáronse de aquel lugar tristes y pensativos.

<sup>1</sup> Klopstock designa con frecuencia á Jerusalem con el nombre de Salem, conformándose con la opinion de los eruditos que pretenden que la capital de Palestina es la ciudad misma de que Melquisedec fué rey y gran sacerdote en tiempo de Abraham, segun lo dejamos apuntado en la nota segunda al canto décimo, tomo I, pag. 339. — T. F.

« ¡Ay de mí! dijo Juan : los sacerdotes, creyendo sin duda que aun en esta tumba cerrada no le tenían seguro, le habrán arrebatado de ella despojándole de la mortaja para cebar su odio sanguinario contemplando sus llagas... »

Magdalena se ha quedado sola en el sepulcro, abrumada por la mas profunda tristeza. Súbitamente imagina que una vision engaña sus sentidos, enjuga sus lágrimas y tiende en derredor la vista : en el fondo del sepulcro aparece un grupo de ángeles, á quienes ve apenas la arrepentida pecadora, cuyo pensamiento se ocupa esclusivamente en Jesus. Tal, no se percibe, sedienta gacela, ni del suave resplandor del lucero vespertino, ni de la brisa embalsamada que da aliento á la naturaleza, por buscar la fuente que sola puede aplacar su sed.

Adelántase uno de los ángeles hácia Magdalena, y le dice :

« Muger, ¿porqué lloras? »

« ¡Ay de mí! que me han robado al que adoro con toda mi alma, y no sé en qué lugar le ocultó el odio inestinguible de sus enemigos. »

Así contesta volviéndose hácia la entrada del sepulcro, donde vió á un desconocido que le dijo estas palabras :

« Muger, ¿porqué lloras? ¿á quien buscas? »

Ella, creyendo que aquel hombre era un hortelano encargado por los sacerdotes de robar el cuerpo de Jesus para que no pudiesen sus fieles amigos tributarle pios los últimos honores, quiso rogarle que le indicase en qué lugar habia ocultado los preciosos restos del amado maestro; pero los sollozos ahogaron su voz.

Así siente el justo, en el momento en que el cielo se prepara á abrirle sus puertas, que el peso de las emociones terrestres abruma su alma : tendido en el lecho del dolor, implora en vano la misericordia de Cristo, porque las últimas pruebas de esta vida tan crueles son, que para los moribundos, desapareciendo en su pensamiento la idea del Dios amante, se convierte el Señor en Juez terrible; mas una sola lágrima, un solo suspiro mas, y á las angustias de la lucha suceden las inefabls delicias de la victoria.

Con voz mas dulce que la de los ángeles, cuando cantan la infinita bondad del cordero inmolado y el triunfo de los cielos, pronuncia el desconocido el nombre de Magdalena, y Magdalena reconoce en fin la voz del Señor.

Llena de espanto y de alegría, dobla las rodillas en el polvo, levanta su pálida y helada frente, abraza los pies del Mesías, le contempla, suspira, llora y procura explicar lo que siente; pero sus

labios trémulos solo aciertan á decir : ¡ *Rabboni* <sup>1</sup> !

Mirándola el Mesías con espresion de divino amor, dijo :

« No me detengas <sup>2</sup>, porque aun no he subido á mi padre : algun tiempo permaneceré entre vosotros. Vé á mis fieles, y díles que se aproxima la hora de mi gloria, la hora en qué subiré á mi padre y á vuestro padre, á mi Dios y á vuestro Dios. »

Y desapareciendo á los ojos de María, fué á mostrarse á las santas mugeres que entonces acababan de separarse del Gólgota. La embalsamada fresca del naciente dia reanimó las fuerzas de aquellas; con sus primeros rayos las iluminaba el sol, testi-

<sup>1</sup> *Rabboni*, *rab* y *rabbí*, son palabras sinónimas que significan en hebreo lo mismo que en castellano *amo* ó *señor*. Esa palabra fué en efecto la única que Magdalena pudo pronunciar cuando Cristo se le apareció, como aqui lo refiere Klopstock, ajustándose exactamente á la relacion del mismo hecho que hace San Juan en el cap. 21 de su evangelio. Igual exactitud hay en la descripcion de las apariciones sucesivas del Salvador que hace nuestro poeta. Diremos á mayor abundamiento, y para noticia de los curiosos, que el dictado de *Rab* se daba á todos los doctores recibidos tales en la Caldea; el de *Rabbi* especialmente á los doctores israelitas de la Palestina; y el de *rabboni* solo á los *sabios* y doctores descendientes de la casa de David. De la última citada palabra se deriva la voz *rabbino*, que aun hoy se aplica á los sacerdotes de los judíos. — T. F.

<sup>2</sup> *No me toques*, dijo el Señor, segun San Juan (versic. 16, cap. 21). Klopstock ha sustituido la frase de *no me detengas*, por no incurrir en contradiccion consigo mismo; pues acaba de decirnos que Magdalena abrazó los pies del Mesías. — T. E.

monio brillante de la bondad divina. Reconocieron todas inmediatamente al vencedor de la muerte, postráronse ante él y enlazaron sus rodillas. Procurando el Mesías tranquilizarlas, les dijo con celestial bondad :

« No temais : id, dad las nuevas á mis hermanos para que vayan á la Galilea; allí me vereis todos. »

Dijo, y desapareció.

Habiase reunido Simon Pedro á los fieles, aumentando su dolor con la relacion de su visita al sepulcro.

Pronto llegaron las santas mugeres, unas despues de otras, pudiendo apenas respirar y con los ojos centelleantes de alegría. Fué la primera la Madre de los Cebedeos, y con voz que pinta su dicha y la verdad de lo que dice, esclama :

« Escuchadnos, ¡ó vosotros todos los que llorais! escuchadnos. ¡Vive! Antes de aparecérsenos nos ha enviado sus ángeles. Sí, hemos visto á un angel sentado á la entrada de su sepulcro; le hemos visto entrar allí, y dos seráfines mas le acompañaban. Nos dijeron... ¿Salomé, te acuerdas tú de sus palabras? A mí la fuerza del espanto me impidió el oirlas... »

Tomás, que, mudo y lleno de sorpresa, la ha estado escuchando, miróla con aire incrédulo, y dijo :

« Si estabas demasiado llena de espanto para oír bien, también debías estarlo para ver bien... »

Y la Madre de los Cebedeos replicó :

« ¿Porqué así nos afliges con tu incredulidad, cuando el gozo turba aun nuestros pensamientos? El Resucitado nos ha dicho : « No temais » : y tú, ¡ó discípulo suyo ! nos atemorizas de nuevo.

« No es tal mi intención, bien lo sabeis, ¡ó mis piadosas amigas ! pero permitidme que trate de convencerme interrogándoos sobre lo que habeis visto. ¿Bajo qué forma se os apareció el ángel que visteis á la entrada del sepulcro ?

« Parecíase á un hermoso adolescente : sus miradas brillaban como el relámpago, su vestidura era blanca y resplandeciente como la nieve.

« Era Gabriel, » exclamó la madre de Jesús.

Tomás meneó la cabeza como quien duda.

« Soldados romanos, dijo, guardaban todas las avenidas del Gólgota. Iluminada por los primeros rayos del sol, la armadura de los legionarios parece blanca como la nieve, y vuestra turbación era tal que esa circunstancia ha bastado para haceros creer que eran ángeles los que veiais.

« De noche era aun cuando nos acercamos á la tumba, replicó Salomé, y el mancebo á quien vimos no estaba cubierto con una armadura sino envuelto en resplandecientes nubes. »

Y rogando la madre de Jesús á sus amigas, que

repitiesen las palabras que de boca del ángel escucharon, volvió á decir la madre de los Cebedeos :

« Nada temais, nos dijo; ya sé que buscáis á Jesús, á quien no hallareis en este lúgubre parage; ¡ porque ha resucitado ! Acordaos de que ya os lo habia predicho él mismo, y ahora venid á visitar la bóveda donde ha dormido el sueño de la muerte... Id ahora, y decidle á Cefas lo que habeis visto y oído.

« ¿Ha pronunciado mi nombre ? exclamó Simon Pedro. ¿Un ángel ha pronunciado el nombre de un pecador?... ¡ Ah ! ¡cuan consoladoras serian para mí esas palabras, si no temiese que una ilusión os ha engañado ! ¿ Si en efecto se os hubiese aparecido un mensajero del cielo, cómo no habia de haberos hablado de María y de Juan?... »

Preguntó Tomás á las santas mugeres si el ángel les habia dicho mas palabras que las que de referir acababan.

« Añadió, respondió una de ellas, que nuestro divino maestro pasaria á la Galilea, y que allí le veriamos todos. Enagenadas de felicidad, volvimos á tomar el camino de Jerusalem, y el mismo Jesús se nos ha aparecido... Ninguna variación hay en su persona, y sin embargo su aspecto nos pareció sobrenatural y celeste. Sin duda que así le vieron Simon Pedro y el predilecto Juan poco há en la cima del

Tabor<sup>1</sup>. Postrámonos ante él, y nos dijo : « No temáis : id, dad las nuevas á mis hermanos para que vayan á la Galilea : allí me vereis todos. »

Oscurecióse la frente de Tomás, sus miradas sombrías y escrutadoras se fijaron en la tierra, y su pensamiento se dejó arrastrar por el torrente de la duda.

« No es llegado el momento, les dijo, de explicar los motivos que me impiden creer lo que referís ; yo os lo diré cuando no estéis bajo el imperio de las ilusiones que os fascinan. »

Miráronle silenciosamente los fieles con tierna compasión ; y en tan penoso momento llegó Magdalena pálida, alterado el rostro, trémulos los labios, y pudiendo apenas tenerse en pie.

« ¡ Ha resucitado ! » clamó.

Y turbándosele la vista, vaciló pronta á desmayarse ; mas Juan la sostuvo, y Tadeo la dijo con tierna inquietud :

« ¡ Oh ! habla Magdalena, ¿ has visto tú á los ángeles también ? »

Y respondió Magdalena :

« Le he visto á él mismo. »

<sup>1</sup> Llámase al Tabor *Monte de la Trasfiguración* porque en él tuvo en efecto lugar la de Jesucristo cuando poco tiempo antes de su pasión se apareció á San Pedro, á Santiago y á San Juan, en medio de su gloria, entre Moisés y el profeta Elías. (Véase el Evangelio de San Mateo, cap. 17.)— T. F.

Levantaron los fieles los ojos y las manos al cielo con piadosa gratitud : solo Tomás permaneció sombrío y pensativo :

« ¡ Ay de mí ! exclamó en fin ; espíritus fascinados hasta el punto de creer en apariciones de ángeles, bien pueden llegar en su delirio á imaginar también que el mismo Jesús se les ha aparecido.

« Caro Dídimo, preguntó Magdalena, ¿ qué te hemos hecho nosotros ? ¿ qué te ha hecho nuestro divino maestro para que así dudes de nosotros y de él también ? Mis ojos le han visto, y á sus pies han derramado lágrimas de alegría.

« ¿ Brillaba como los habitantes del cielo ? preguntó con viveza Santiago. ¿ Deslumbraba su resplandor ?

« No, hermano mío, su aspecto es como hasta aquí lo fué, el de un simple mortal ; pero la bondad y la misericordia divina resplandecían en su rostro. »

Simon Pedro, dudando también, preguntó tímidamente á Magdalena si el Señor se había dignado hablarla.

« Sí, respondió la preguntada ; con la misma voz suave y divina que nos llenó de respeto cuando le oímos decir pendiente de la cruz : *Perdónalos, Padre mío, que no saben lo que hacen* ; con aquella misma voz de amor y de misericordia pronunció mi nombre. Creyéndome trasportada á los cielos,

no pudieron mis trémulos labios pronunciar mas palabra que la de *Rabboni*... Y entonces él me dijo : « No me detengas, porque no he subido á mi padre ; algun tiempo permaneceré entre vosotros. Ve á mis fieles, y díles que se aproxima la hora de mi gloria ; la hora en que subiré á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. »

Haciendo un penoso esfuerzo, se levanta María para acercarse á Magdalena, fija en ella sus húmedos ojos, le tiende la mano con inesplicable espresion de amor y de confianza, y dice :

« ¡ Tú le has visto, tú le has oido al divino resucitado!... ¿ Me atreveré aun á llamarle hijo mio?... (Prosiguió dirigiéndose á los demas fieles con modesta inquietud.) ¡ Oh sí ! en vuestros ojos leo que siempre podré darle nombre tan caro á mi corazon... Acaba, Magdalena, y dime si has visto sus llagas... »

Calló, y sin dejar la mano de la bienaventurada muger, apartó el rostro para ocultar sus lágrimas : pero adivinándolas Magdalena, exclamó :

« ¡ No llores así, ó tú, la mas feliz de las madres ! Vivo ha salido tu hijo de la tumba. No he visto sus llagas, porque en la embriaguez de mi alegría solo fijé la consideracion en su rostro, mas bello que la aurora matutina.

« Sí, le has visto ; sí, tú has hallado gracia ante él : » dijo María, y dichosa pero pensativa, volvió á

ocupar el sitio que antes ; y Tomás preguntó á Magdalena si tambien ella vió á los ángeles.

« Sí : mas apenas he fijado en ellos la atencion. De tal manera me habia el dolor turbado la vista, que al mismo Jesus no le conocí hasta que pronunció mi nombre, tomándole antes por un hortelano.

« Tus compañeras afirman que el Mesías lleva sus acostumbradas vestiduras : ¿ Iba ese hortelano vestido como Jesus acostumbra á estarlo ? ¿ Cuantos ángeles son los que has visto ?

« He visto dos.

« Tus compañeras vieron primero á uno solamente ; despues á dos mas en el sepulcro... »

Magdalena, despues de mirar á todos los circunstantes, dice :

« O tú, amada madre del divino resucitado, y vosotros sus discípulos : no deis entrada en vuestros corazones á las crueles dudas que atormentan al desgraciado Dídimo... En otra ocasion (añadió) responderé á tus preguntas. Ahora no quiero que turbes con ellas mi felicidad. »

Y asiendo el brazo de María, salió con ella de aquel lugar. Poco tardó tambien en dejarlo Simon Pedro, resuelto en medio de su incertidumbre á huir hasta los lejanos desiertos de la Arabia ; luego tomó el camino de la Galilea donde Jesus habia de aparecerse á los suyos segun su promesa ; y



en fin, variando de pensamiento tomó una senda que le condujo al pié del Gólgota. Allí, de pié al lado de la losa que habia cerrado el sepulcro, escuchó el blando murmullo de la tierra al despertarse; y respiró su oprimido pecho los suaves y abundantes perfumes, que durante las primeras horas del día, exhalan en la atmósfera las plantas y las flores. Sin embargo, sus miradas sombrías y meditabundas examinan atentamente el abierto y vacío sepulcro.

« ¡Ay de mí! dijo para sí, demasiado cierto es que se ha consumado la mas horrible de cuantas venganzas abortó el infierno! ¿En vano imploró José de Arimatea la compasion del Pretor: nuestros sacerdotes han privado al cadaver de Jesus hasta de los honores del sepulcro; porque ¿cómo he de creer que haya resucitado?... Nuestras piadosas amigas en su exaltada desesperacion creyeron verle... si así fuera en efecto, ¿hubieran podido sobrevivir á tanta dicha?... Enarbolada está aun la cruz dando testimonio harto evidente de su muerte; terrible testimonio que han escuchado los cielos y la tierra... ¡Ha muerto! ¡Volveremos á verle al pié del trono del Eterno, mas nunca en este valle de lágrimas!... ¿Porqué se estremece aterrada mi alma cuando se le presenta la idea consoladora de volverle á ver mas allá de la tumba? ¡Ay de mí! Si el Juez supremo se ha dignado

mirarme piadosamente, si mi arrepentimiento me da derecho á esperar, no por eso me es lícito aguardar gozoso el feliz momento de ir á reunirme con él... ¡Enarbolada está aun la cruz, y ni las tumbas, ni las rocas, ni las montañas que la diestra del Señor derribó al cesar los latidos del corazon de Jesus, han vuelto á su ser primero!... No; no me es lícito entregarme á la alegría... »

Mientras así discurría Simon Pedro con los ojos clavados en la tumba de Jesus, no lejos de él oraba Magdalena de rodillas, apoyándose en una de sus manos y alzando al cielo su rostro radiante de felicidad. Habiéndola visto el apostol y preguntándole si proseguia creyendo en la resurreccion de Jesus, Magdalena levantándose, se le acercó y le dijo:

« Acabas de verme postrada en el lugar mismo en que el Mesías se me ha aparecido; mi diestra tocaba á un arbusto que sus vestiduras rozaron; mi mano izquierda se apoyaba en el polvo que con sus plantas holló.

« ¡Recobra tu estraviada razon, ó cara Magdalena, mira aquella cruz, en ella murió!

« ¡Ha resucitado! » clamó Magdalena.

« Habla, te conjuro á que lo hagas en nombre del Dios vivo. ¿Han visto tus ojos á Jesus como á mí me ven ahora?

« Lo juro en nombre del Dios vivo; mis ojos

han visto al Salvador como á tí te estan viendo ; mis oídos han escuchado su voz, y todas las bienaventuranzas del cielo han inundado mi alma. »

Calló Magdalena, y también Pedro guardó silencio ; mas pronto dijo este :

« Apártate y déjame llorar solo : ninguna vision consoladora se ha dignado alucinarme ;... no puedo creerte...

« Pues bien, no creas entonces tampoco que le has visto caminar sobre las olas del mar, ni que le has visto sobre el monte Tabor, rodeado de gloria celestial. »

Acabando de hablar apartóse de allí ; y Pedro, siguiéndola con la vista, dijo para sí :

« ¡ Cuan digna de envidia es su confianza ! ¡ Ya la tumba y sus horribles imágenes de destruccion no la espantan, ni basta la tempestad que ruge en el fondo de los sombríos valles de la muerte, á arrancar la sonrisa de sus labios ! ¿ Y qué es lo que me hace dudar á mí de cuanto Magdalena dice ? ¿ Porqué no ha de resucitar aquel que consigo me hizo andar sobre las encrespadas olas del furioso mar !<sup>1</sup> ¡ O mi divino maestro ! Tú me sostuviste

<sup>1</sup> Hizo Jesus subir á sus discípulos en un barco para que pasasen antes que él á otra ribera del lago á cuya orilla se hallaban ; y subió á un monte solo á orar. Cuando vino la noche, levantóse una furiosa tempestad, y de repente vieron los discípulos á Jesus que á ellos se acercaba caminando sobre las encrespadas ondas. Aterrados, pensaron

cuando mi falta de fe iba á hacerme perecer en las olas : sostenme ahora que la desesperacion me abrumba... Menos terrible era el huracan que tu voz calmó<sup>1</sup>, que este que ahora trastorna mi alma. Por la mirada de misericordia que pendiente en la cruz dejaste caer sobre el miserable que cobardemente te habia negado ; por tú inconmensurable amor te lo ruego, apiádate de mí. Si es cierto que te hayas mostrado á tus piadosas amigas, dignate también aparecérteme á mí... ¿ Qué es lo que he pedido?... ¿ No me han dicho ya que un angel ha pronunciado mi nombre ? ¿ Qué es lo que yo he hecho para merecer tan inmensa gracia ? ¡ Me atrevo á suplicarte que te me aparezcas cuando ni Tadeo, ni Santiago, ni Juan el predilecto, ni la mas desventurada de las madres te han visto aun!...

que era una fantasma ; mas el Señor les dijo : *Tened buen ánimo : yo soy, no temais.* Y respondió Pedro y dijo : *Señor, si tú eres, mándame venir á tí sobre las aguas.* Accedió Jesus á la solicitud del Apostol, mas este tuvo miedo, y como empezase á hundirse, dió voces diciendo : *Valedme, Señor.* Y luego estendiendo Jesus la mano, trabó de él y le dijo : *Hombre de poca fe ¿ porqué dudaste ?* (S. Mateo, XIV, vers. 22-31.) — T. F.

<sup>1</sup> Habiéndose embarcado el Señor en una pequeña barca con sus discípulos y siguiéndole otras, durmióse en la popa de la suya sobre un cabezal : mas habiéndose levantado una recia tempestad, tuvieron miedo los discípulos y despertáronle. Empezó el Señor reprendiendo la falta de fe de los suyos, pero al propio tiempo dijo al mar : *calla, enmudece.* Y cesó el viento y sobrevino una grande bonanza. (San Marcos, cap. IV, vers. 36-39.) — T. F.

Verdad es que Magdalena ha pecado también como yo, pero cuando lo hizo no te conocía. ¿Y por ventura, he amado yo como ella para que se me perdone mi culpa? »

Sumido en tan tristes pensamientos, con paso desigual y lento llegó á la cima del Gólgota y al pie de la cruz, donde postrado oró con la faz en tierra. Al levantarse ve á Jesús, quien de pié á su lado le tendió la mano. Lleno de santo terror no pudo Pedro levantarse, mas asiendo la mano del Mesías la llevó á su frente, la estrechó contra su pecho. Los cielos y la tierra desaparecieron para su vista y para su pensamiento; y solo pudo murmurar con balbuciente voz estas palabras.

« ¡ Señor y maestro mio!... ¡ Dios de amor y de misericordia!... »

Sobre el Gólgota estaban en los aires los dos ángeles custodios del apostol, y dijo Ituriel al serafin Orion :

« ¡ Este día, ó mi celestial hermano, es el mas bello de nuestra inmortalidad! Con frecuencia nos recordarán los cánticos del cielo este día, en que el Señor resucitado se apareció al pecador ya perdonado. »

Y Orion responde :

« Tú lees en mi pensamiento y yo adivino el tuyo, mas no por eso comprendemos toda la felicidad de Simon Pedro. Terrible es haber pecado : ¿ pero

donde está el serafin cuya intuición alcance á medir el inefable gozo del apostol leyendo su perdón en los ojos del divino maestro que salió vivo de la tumba? »

Y entrambos inmortales dicen á una voz :

« Inconmensurable es la bienaventuranza del pecador por el misterio de la redención rescatado. »

Dejó el Mesías el monte, desapareciendo entre las sombras que proyectaban en aquel las rocas de los sepulcros; y Pedro, que con la vista le ha seguido, levanta los brazos al cielo y clama :

« ¡ Gracias, mil veces gracias! ¡ Hijo de Dios, divino resucitado, gracias te sean dadas! Los consuelos que en mi alma has derramado sobrepujan á cuanto mis deseos pudieran imaginar... Aunque con terribles tormentos expié mi culpa, no por eso he dejado de cometerla; y sin embargo, te has dignado parecer á mis ojos que te han visto vivo y rodeado de celeste aureola. Sí, ahora ya todo me atrevo á esperarlo... ¡ Hijo del Eterno, tú completarás la obra de tu misericordia haciéndome comprender el misterio de tu muerte! Nunca las legiones de bienaventurados, de querubines y de arcángeles, que rodean el trono de Jehová, recibieron de su dueño tantas mercedes como yo me atrevo á esperar de tí... ¡ Resucitó el Mesías! ¡ Resucitó el Ungido! ¡ Hijos de la luz, anuncien tan fausta nueva vuestros cánticos de triunfo á los cielos reu-